

El Herald de la Guardia Civil

PERIÓDICO SEMANAL ILUSTRADO

| SUSCRIPCION | | Madrid 8 de Mayo de 1894. | CONDICIONES DE SUSCRIPCION | NÚM. 42. |
|--------------------------------|---------------|--|---|----------|
| AÑO II. | TRIMESTRE | TODA LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR | 1.º El tiempo mínimo de suscripción será un trimestre. 2.º Las suscripciones se cobrarán por trimestres adelantados, cualquiera que sea el tiempo por el que se hagan los abonos. 3.º Las suscripciones se contarán desde el principio del mes en que se reciba el aviso. 4.º Importancísimo. La suscripción se continuará indefinidamente en tanto no se reciba aviso en contrario. | |
| España..... | 1,50 pesetas. | OFICINAS: CALLE DE SANTA LUCIA, 10, MADRID | | |
| Ultramar..... | 3,75 — | | | |
| NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES | | | | |

Que asciendan los Sargentos

II

No hace aún dos meses, mirando al porvenir nada halagüeño que para la Guardia Civil se ofrece; tratando de satisfacer la necesidad de un cuadro de Oficiales completo, y de otra parte, queriendo a todo trance suprimir el ingreso de los que, no por sus personalidades, sino por su procedencia, rebajan el nivel moral del Cuerpo, abogamos por el ascenso de los Sargentos como satisfactoria solución a este verdadero *mare magnum* en que nos hallamos sumidos.

Que faltan segundos Tenientes de las armas generales para cubrir la escala de la Guardia Civil, es un hecho de todo punto indiscutible.

Ya en el presente mes tienen que ingresar segundos Tenientes de la escala de reserva, por no haber aspirantes de las activas. Esto sucede en el mes de Mayo, y hasta Abril del año 95 no saldrán nuevos Oficiales de la Academia de Toledo. Es decir, que estaremos un año sin más que los reservistas, como subalternos para ingreso.

A esta situación, verdaderamente insostenible, a estas dificultades, con las que nunca ha tropezado la Guardia Civil en su gloriosa vida de cincuenta años, opónese como paliativo confortante un remedio de Academia, depresiva para el Cuerpo, atentatoria contra los intereses de sus Sargentos, lesiva para los intereses del Estado, y que sería, si desde el principio no se hubiera conocido toda su minúscula entidad, una nueva variante del famoso cuento del ratón y del perro de los montes. Nada más ratonil que esa malhadada Academia, que para doce alumnos! va a tener un cuadro de profesores presidido por un Coronel; y ningún engendro tan laborioso como este, en vías ya de cumplir los diez y seis meses de gestación. Y no queremos decir más, porque hemos dicho tanto, y se puede añadir tanto aún, que sería cosa de nunca acabar.

Nosotros aún abrigamos la idea de que la tal Academia se quedará en dicho, a pesar de que ya hasta elegidos los textos están. Pero suponiendo que saliera la Real orden de convocatoria dentro de seis meses, ingresarían para Guardia Civil doce alumnos, de los cuales saldrían Oficiales a su debido tiempo ocho a lo sumo, según el promedio que la experiencia aconseja, pues de cada promoción en las Academias militares se ha observado que sólo sale sin perder la mitad, ó, por excepción, las dos terceras partes.

De manera que para dentro de dos años y medio ya puede contar la Guardia Civil con ocho Oficiales nada menos!

Con sólo esto queda plenamente demostrado que la Academia, dejando a un lado todas las demás respetabilísimas consideraciones, nada puede resolver por lo que se refiere a la nutrición de segundos Tenientes en los Cuerpos de Guardia Civil y Carabineros.

¿Qué remedio queda? Pues que sigan ingresando de la Escala de reserva; pero aun siendo este remedio peor que la enfermedad, no siempre se encontrará a mano, porque esos Oficiales también se acabarán en breve, dadas sus condiciones de edad, que tiene su límite para el ingreso.

No queda, pues, más recurso que el ascenso de los Sargentos.

Y, al decirlo así, como consecuencia que se desprende sólo de todo lo expuesto, no vaya a interpretarse que proponemos esta solución como obligado asidero, no. Convencidos, como estamos, de que los Sargentos deben ascender, hemos querido hacer ver que todo, absolutamente todo les abona, y que no hay nada, ni material, ni moralmente, que pueda ser un obstáculo para que esas veteranas y meritísimas clases realicen sus legítimas aspiraciones.

Si; estamos convencidos, convencidísimos de esta idea madurada en nuestro espíritu, de esta idea redentora y justa.

No se les habrá ocultado a nuestros lectores que el primer artículo que con este epígrafe escribimos no había de ser el último, y que, lanzado el primero en asunto de tan vital transcendencia, la continuación había de aparecer necesariamente.

Hoy, que vuelven a surgir en letras de molde nuestras constantes ideas sobre la materia, vamos a ir más allá en nuestras declaraciones.

Creemos que todos los Sargentos del Ejército deben tener abiertas sus aspiraciones; figúrense ustedes si defenderemos el ascenso de los Sargentos de la Guardia Civil!

Dejémosnos de convencionalismos que nada dicen y que a nadie importan. Lo que interesa al país es tener el mejor servicio posible, y nadie defenderá que con no ascender los Sargentos se haya conseguido adelanto alguno en la buena organización de la benemérita.

Que los de la escala de reserva no dan mejores resultados, aun no mirando más que su personalidad de Oficiales, es de una claridad tal, y está tan en la conciencia de todos, que no decimos una palabra más para tratar de demostrarlo.

Pero es que nosotros no nos quedamos ahí, porque creemos que los Sargentos de la Guardia Civil valen más, como Oficiales del Cuerpo, que los procedentes de las Armas generales.

No se altere el lector susceptible, que las razones que para afirmar tal cosa tenemos, nada dicen en contra de los indiscutibles merecimientos de los últimos.

La característica del servicio de la Guardia Civil es la prudencia y la cautela, de ningún modo la acometividad irreflexiva, si quiera la informen los más nobles y pundonorosos sentimientos.

Poned a un Oficial recién salido del Colegio, con las ilusiones en flor, con todos sus entusiasmos virgenes, ponedle al frente de una guerrilla, señalándole el sitio del peligro, y no habrá nadie que le aventaje en valor, en denuedo, en heroísmo.

Pero de repente, por una transición brusca, separadle de sus camaradas, ponedle en un pueblo aislado de sus Jefes, a solas con sus actos, transformado en hombre formal, y teniéndoselas que haber con los truhanes de oficio, con leguleyos de aldea y con palurdos de colmillo retorcido, y decidme si ese Oficial está en condiciones de desempeñar su misión.

No, y mil veces no. Se nos puede objetar que alguna vez ha de empezarse a practicar. Es muy cierto; pero si esa práctica empezara a los cuatro ó cinco años de haber salido de la Academia, la cuestión variaría extraordinariamente.

En una guarnición no se aprende nada de Guardia Civil, pero se aprende de mundo, y esto ya es mucho. En cuatro ó cinco años de lucha con la vida el hombre se hace, se temple, y deja de ser aquel joven inexperto, que alguna vez lo hemos de ser todos.

¿Cómo no reconocer nosotros la ilustración, las virtudes militares, las condiciones tan recomendables de estos jóvenes Oficiales, orgullo del Ejército? Y, reconociéndolo, ¿cómo no quererlos para la Guardia Civil?

Véase, pues, en qué sentido marcábamos la superioridad de los veteranos Sargentos para el servicio del Instituto.

Por esto, en vista de las dificultades con que se lucha, y se luchará más aún, en vista de ese ingreso que abominamos de los Oficiales reservistas, como una solución salvadora que abre a la luz el horizonte y las puertas de la justicia a los pobres Sargentos, abogamos por ellos y abogaremos con todas nuestras fuerzas, diciendo convencidísimos:

¡Que asciendan, señor Ministro, que asciendan!

Lo que se dice

Seguimos recibiendo numerosas cartas de adhesión por nuestros trabajos en favor de los Sargentos, tan perjudicados por el Real decreto de 13 de Febrero último.

De buena gana publicaríamos algunas, si más apremiantes intereses no nos exigieran todo el espacio de nuestras columnas; pero desde luego podemos asegurar a los interesados que la citada disposición no tiene efectos retroactivos, y que se siguen oficialmente activas gestiones para que se rectifique el espíritu del citado Real decreto, a fin de que los malaventurados Sargentos no sufran el perjuicio de que estén amenazados sus intereses.

En la propuesta de este mes ascenderán cuatro Cabos a Sargentos, habiendo fallecido uno de los de esta clase y retirándose otro.

De los donativos que a diario recibe el Montepío, merece especial mención el que acaba de remitir el Teniente Coronel del Cuerpo Sr. Requena.

Dicho Jefe, siéndolo de Comandancia, adelantó de la Caja dos pagas a un Teniente que marchaba a Ultramar, y que, habiendo muerto en la travesía, quedase sin reintegrar la cantidad que por Real orden se dispuso la pagara el Sr. Requena, por no haber cumplido no sabemos qué requisito.

Indudablemente el Jefe no dejó de llenar ninguna formalidad reglamentaria, porque otra Real orden ha dispuesto se le devuelva la cantidad que había abonado en Caja.

Al recibir la noticia del fallo recaído en el recurso entablado, el Sr. Requena, con desprendimiento digno de todo elogio, ha cedido a favor del «Montepío» las 454 pesetas que le debían ser abonadas.

Uno de los Guardias que formaban la carrera frente al palacio de la Equitativa, sufrió un vahido y cayó al suelo, teniendo que separarse de la fila.

El Gobernador civil, señor Duque de Tamames, que desde un balcón del Veloz Club presencié el accidente, acudió presuroso al portal inmediato a donde fué llevado el Guardia, al que prodigó cariñosas frases, haciendo le trasladaran a uno de los salones del inmediato Circulo, dándole a aspirar éter, con el fin de que se despejara, y luego una copa de jerez para que recobrara las fuerzas.

La conducta del Gobernador produjo la más gra-

ta impresión en el Guardia indispuesto y en todos sus compañeros, que hacían muchos elogios de las atenciones del señor Duque.

Por fortuna la indisposición fué breve y no tuvo importancia.

Cuando pasó la procesión, el Guardia estaba en su puesto.

También dispuso el señor Gobernador civil se dieran cinco pesetas a cada uno de los Gastadores del Colegio de Valdemoro.

Estos monisimos chiquillos, que fueron el acontecimiento del día, víéronse solicitados por todos, y la empresa del Circo de Parish les invitó galantemente para que asistieran a la función de aquel día.

La Asociación de Ganaderos

Y EL MONTEPIO DEL GUARDIA CIVIL

Rara es la conjunción que implica este título, ¿verdad? Pero no hay que juzgar por las apariencias.

Las cosas más heterogéneas pueden tener íntimas ligazones y armonías.

No ha mucho, en uno de nuestros últimos artículos sobre el Montepío, anunciábamos la exposición de un proyecto que, de aplicarlo con buena fe y voluntad constante, había de producir pingües resultados a la benéfica Asociación.

Ha llegado el momento de cumplir lo prometido. Si nuestros abonados han oído hablar de la Asociación de Ganaderos, seguramente que no se han preocupado de averiguar su significación, y la mayor parte de ellos tendrán una idea errónea de lo que en realidad es, creyéndola una de tantas Sociedades como existen en España dedicada a fines particulares, pero sin relaciones con el Estado y sin la importancia positiva que indudablemente tiene, y que trataremos de hacer patente en el curso de este artículo.

Pero es más, teniendo la Guardia Civil relaciones bien determinadas con la Sociedad, tenemos la certeza de que muchos las desconocen, lo cual no tiene nada de extraordinario si se tiene en cuenta el poco apoyo y el escaso interés que los Gobiernos de ahora prestan a cuanto supone incremento de riqueza del país.

Hagamos un poco de historia.

El Concejo de la Mesta, de tan remotos tiempos que sus anales no se fijan más que desde tiempo de Alfonso el Sabio, era una asociación de tan humildes principios, que limitábase sólo a dirimir las contiendas que pudieran surgir por los mil incidentes a que da origen el pastoreo.

Pero, andando el tiempo, vino la consolidación y el perfeccionamiento, hasta que en el siglo XIV se hallaba el Concejo constituido con sus Alcaldes y sus Juntas libres, y entonces fué cuando el Rey sabio, atendiendo con gran sentido práctico a la creciente prosperidad de la ganadería, dió a la Sociedad carácter legal, y le concedió hasta diecinueve privilegios, fechados en Gualda en 2 de Septiembre, era de 1311.

A vueta pluma damos con estos datos una idea de los adelantos de aquella corporación que, estatuida con el objeto de servir intereses de gremio, llega a obtener la sanción y la protección decidida de un rey como D. Alfonso el Sabio.

El Concejo de la Mesta debió haber quedado satisfecho con las grandes franquicias conquistadas en favor de la ganadería, y no ambicionar otras, pero no fué así; aprovechando los buenos deseos de los Reyes Católicos, en favor de ella consiguió que se confirmasen los privilegios anteriores, que les diesen otros varios, obteniendo, por último, algunos de tal entidad, que ensancharan extraordinariamente sus atribuciones. Con ellos adquirió personalidad independiente, medios propios de subsistencia, y lo que es más, jurisdicción para hacer ejecutar todas sus decisiones. Ella, que tenía sus vías pastoriles determinadas, sus pastos, sus abrevaderos, decidía en los litigios con los propietarios y hacia ejecutivos sus fallos.

Ya en este encumbramiento, y a la sombra de sus privilegios, el Concejo cometió abusos y vejaciones, que le hicieron odioso, y prepararon su anulación.

Por esto, cuando los privilegios no tuvieron razón de ser; cuando se convirtieron solamente en carta blanca para el arbitrio; cuando los daños que causaban a la agricultura excedían en mucho a las ventajas que proporcionaban a la industria pecuaria, había llegado el momento de que desapareciera, y los hicieran desaparecer las Cortes de Cádiz, reunidas a consecuencia del cautiverio de Fernando VII, si bien este Rey, vuelto a la patria, restableció el Honrado Concejo con todos sus privilegios y costumbres, siendo tan efímero este revivir que, suprimidos y restablecidos nuevamente, quedaron derogados terminantemente el año 1836.

La clase ganadera quedó sin franquicias especiales, y desde entonces empezó para ella un considerable descenso en sus intereses, sin que pudiera servir de agente propulsor la Mesta, que cambió su nombre por el de Asociación general de Ganaderos.

El laudable interés de unos cuantos buenos españoles, dolidos de la ruinosa situación pecuaria, han tratado de sacar a esta del período de languidez y penuria por el que venía atravesando, lográndose, aunando todos los esfuerzos, reconstituir, en relación con los tiempos, el reglamento de la Asociación, aprobado por S. M. la Reina en 13 de Agosto de 1862.

He aquí, pues, la historia y la significación de esta importantísima Sociedad, que tiene por misión defender los derechos colectivos de la ganadería, en los que van entrañados los del país, y cuidar que sean fielmente observadas las leyes y disposiciones a ella concernientes.

De aquí se desprende el poderoso auxiliar que la Guardia Civil ha de ser para la Corporación; pero en el siguiente artículo trataremos de sus determinadas funciones legales, y de cómo dentro del cumplimiento del deber, y sirviendo a intereses importantísimos del país, puede aportarse al Montepío una considerable suma que aumente el capital social.

Explicada, aunque someramente lo que es la Asociación general de ganaderos y patentizada su importancia indiscutible, basta por hoy para nuestro objeto.

LA FIESTA DEL DÍA DOS

—¡Oh, mire usted; mire usted!... ¡Dios mío, qué monada!

Yo me alcé sobre la punta de los pies, mirando por encima de aquella barrera de gente, y vi descendiendo por la calle de Alcalá a la minúscula escuadra de gastadores que precedía al brillante balón del 14.º Tercio.

Aquellos niños todos rubios, todos iguales; derechos, graves, con la vista al frente; marchando con la marcialidad y aire de los cazadores ya baqueteados, conservando las distancias, marcando admirablemente las variaciones, hacían brotar el elogio de carño de todos los labios; eran el imán de todas las miradas.

Dicen que una mujer cogió al Cabo de gastadores y le dió un par de besos.

No nos sorprende el entusiasmo, porque los chiquillos eran un encanto.

Con sus trajecitos de gran gala, perfectamente hechos, parecían que acababan de salir de las manos de una madre cariñosa que, con solícito cuidado, los había estado aderezando para que sus hijitos se lucieran.

Luego pasaron inmediatamente los Guardias civiles de verdad; aquellas secciones correctamente alineadas, con su triple línea de colores: la encarnada en los petos, la blanca en sus calzones de punto, la negra en las polainas; toda la lucida tropa que hacía revivir en aquellos instantes la simpatía del pueblo hacia ella.

Y después, a tambor batiente, desfiló la Infantería, la vieja heroína, la reina de las victorias, con sus quintos embebidos ya en la fila como soldados viejos, dando patentes muestras de sus aptitudes militares y de la laboriosidad é inteligencia de esos dignísimos Jefes de Cuerpo, que en unas cuantas semanas saben hacer de un rústico labrador un soldado marcial.

¿Y qué hemos de decir de la Artillería, con sus gentiles mocetones, con sus magníficos atalajes, con todo aquel aire de guerra?

¿Y de aquellos jinetes?... ¿Y de aquel excelente ganado, lustroso, bien cuidado, perfectamente instruido?...

De la Comandancia de Caballería yo no digo nada después de lo que dice Eusebio Blasco en su precioso artículo de *El Liberal*.

Lo transcribo para conocimiento de todos y solaz de aquellos a quienes va dirigido, que no les ha de amargar esto segundo dulce, tan bien ganado:

«Aquella Guardia Civil de a caballo, que fui persiguiendo anteaer antes del desfile, durante el desfile y después del desfile para verla tres veces, es una tropa que honra a la nación, que no tiene igual. Yo no comprendía cómo el público no la aplaudía al verla pasar, porque aquellos hombres, tan hombres, tan bien equipados, limpios como el oro, con sus petos encarnados y sus tricorneos galoneados de blanco, sobre aquellos hermosos caballos, trotando al són de esos clarines que dan escalofríos al que tiene metido en el alma el sentimiento de la patria, daban ganas de gritar: ¡Viva la Guardia Civil! ¡Viva España! ¡Oh, que lucidísima tropa! Podemos estar orgullosos de ella!»

Aquel río de hombres que bajaba por la calle de Alcalá terminó al fin; aquel mar de bayonetas heridas por los rayos meridianos de un sol espléndido, lanzaron sus últimos reflejos, perdiéndose en el aire rumores y sonidos; escintilos de luz, y exclamaciones de entusiasmo, pero quedando en el alma el recuerdo palpitante de un día infausto y glorioso, y la adoración viva por la patria.

Terminada la solemne manifestación en honor de los héroes del día 2 de Mayo, la muchedumbre se desparramó por las calles, y las tropas regresaron a sus cuarteles.

Al llegar al suyo las fuerzas de la Guardia Civil, el Jefe del batallón, Teniente Coronel Sr. Fajardo, obsequió galantemente a sus Oficiales con un refresco.

Por no interrumpir el curso de nuestro relato, no hemos hecho antes un paréntesis para tributar un aplauso a tan distinguido Jefe. Cada uno de los que tan brillantemente desfilaron el día 2, tiene su parte en el triunfo obtenido, pero es indiscutible que en la conducta de una tropa se ve la mano del Jefe, y que sin buena dirección no hay éxito posible.

Por esto felicitamos cordialmente, además de a la fuerza toda, a su Jefe el Sr. Fajardo, que con tanto acierto supo mandarla, y demostrar que, aún reparado de la vida activa de la milicia, es un Teniente Coronel que sabe dirigir un batallón.

No es esto para nosotros noticia nueva, ni nos había de sorprender lo que siempre ha sido característico en el Jefe de la Comandancia del Norte, pero cumplenos hoy la satisfacción de enviarle nuestra enhorabuena.

También el Comandante Sr. Hernández y el Director del Colegio de Guardias Jóvenes merecen nuestros plácemes. En todo se exterioriza la buena marcha que ha impreso a aquel establecimiento nuestro distinguido amigo el ilustrado Teniente Coronel Sr. La Iglesia.

Y en cuanto al General Palacio, bien puede estar satisfecho, porque su querida Guardia Civil ha quedado a la altura de siempre.

Lo está efectivamente, como lo demuestra la siguiente orden general que ha mandado circular para conocimiento de todos y satisfacción de los interesados:

Orden general del día 3 de Mayo de 1894.

«La brillantez con que se han ofrecido a la consideración pública las fuerzas del 14.º Tercio y Colegio de Guardias Jóvenes en la fiesta Cívico-Militar de ayer, exigen algunas frases de mi parte.

No para aumentar el espontáneo elogio que brotaba de todos los labios y que en los míos revestiría caracteres interesados, sino para afianzar la satisfacción en el espíritu de las veteranas tropas de la Guardia Civil que tuvieron la suerte de compartir con sus compañeros del Ejército la general admiración. Para que este hermoso resultado sirva de estímulo a los demás Tercios del Instituto, y, sobre todo, para sentar un hecho por demás innegable. Que la Guardia Civil mantiene vivas, a pesar de la misión reglamentaria que le es propia, todas, absolutamente todas las virtudes militares, desde que la constituyó el inolvidable primer Duque de Ahumada, Marqués de las Amarillas, su ilustre fundador.

Desde entonces nada ha desmerecido la Guardia Civil. Por el contrario, en la solemnidad patriótica conmemorada con tanto esplendor y lucimiento, sus tropas de Infantería desfilaron con todo el aplomo, marcialidad y deslumbrante policía que podían apetecerse, llevando a su frente juvenil representación del Colegio militar que la munificencia del Gobierno de S. M. y la hidalguía del Instituto sostienen en Valdemoro, y que no presagiaba sólo con su gentil presencia éxitos presentes, sino halagüeños vaticinios para lo porvenir. Aquellos curtidos veteranos y aquellos infantiles colegiales, desfilando correctamente en columna de honor por el campo de la Lealtad ante el monumento erigido por el patriotismo nacional a los héroes de su Independencia, eran personificación viva del espíritu de la Corporación tan indisolublemente ligada con la conciencia pública. De las fuerzas de Caballería del Instituto nada he de decir que no sea en confirmación anterior de los favorables juicios ya obtenidos.

Al volver hoy unos y otros a la prestación de vuestros peculiares cometidos, tan diferentes de los quehaceres militares, llevad el íntimo convencimiento del aprecio y fraternal simpatía con que os acogen siempre, lo mismo en el lugar del peligro que en las grandes manifestaciones profesionales, vuestros compañeros de armas; del paternal afecto que merecáis al Gobierno de S. M.; del Comandante en Jefe del primer Cuerpo de Ejército, que me ha hecho ostensible demostración de su agrado, y de las autoridades de distintas órdenes; de los cariñosos sentimientos que sabéis despertar siempre en la opinión; de la gratitud de vuestros camaradas, que se ven tan dignamente representados, y de lo altamente satisfecho que se halla de todos vuestro Director Coronel general.»

La formación del 14.º Tercio nos ha parecido muy bien, no podía ser de otro modo. El hermoso espectáculo de la bizarra tropa haláganos sobre manera, pero no hemos de pedir por eso la repetición.

Entendemos, como hemos entendido siempre, que la prodigalidad de la benemérita, en objetos extraños a su determinada misión, no produce, a la corta o a la larga, los mejores resultados.

Santo y muy bueno, que alguna vez la Guardia Civil, como Cuerpo militar que es, coopere con sus compañeros de armas a la brillantez de una fiesta tan solemne como la del día 2; pero generalizando el sistema a las numerosas formaciones de la guarnición de la Corte, no había de merecer nuestra aprobación.

Una gran parada que embarga el día entero y separa a la fuerza de la Benemérita de sus ocupaciones habituales y reglamentarias, bien puede pasar en gracia a la manifestación marcial de quien no pierde nunca sus virtudes militares.

Muchas formaciones que perturban el servicio y no permiten luego al Guardia el natural descanso, no habían de reportar gran provecho, entre otras

razones, porque la costumbre de ver la fuerza del Instituto tantas veces y en gran número reunida, lleva necesariamente el ánimo a consideraciones que se sustraen al caluroso entusiasmo que una vez despierta esa explosión de notas y colores de la Guardia Civil agrupada y en formación correctísima.

Por lo demás, asociados al contento de todos, exclamaremos una vez más:

¡Bien por el 14.º Tercio!

Montepío

UNA NUEVA IDEA

Cumpliendo nuestra promesa de recoger cuantas ideas se nos expongan beneficiosas para el «Montepío», publicamos a continuación la siguiente carta remitida por un laborioso suscriptor nuestro: Señor Director de EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL.

Muy respetable señor mío: Desde que se inició la idea de la formación del «Montepío» para el Cuerpo, he visto con gusto que todos contribuyen con su grano de arena para el mismo, ya recabando cuantos medios son posibles y legales en pro del aumento de sus fondos, ya ideando los que pueda haber para constituir mayor capital social, cuyas ideas veo reflejadas en su ilustrado periódico; y supuesto que usted recoge y publica con gusto cuantas ideas le remiten y que pueden ser útiles a la obra de que trato, y por este concepto, al Cuerpo, en general, creo conveniente indicarle una que, a mi juicio, ha de recabar para nuestro «Montepío» anualmente algunos miles de pesetas y que, si se pusiera en práctica, no sólo resultaría el beneficio de los miles de pesetas, sino la satisfacción del Cuerpo, en general además de conseguir otros fines que también le voy a indicar.

Sabido es, señor Director, que la casi totalidad de la fuerza del Cuerpo es casada y con hijos, y que, por esta circunstancia, la mayor parte de ellos tienen necesidad de licencias para asuntos propios; para conseguirlos se valen de recomendaciones, a pesar de estar terminantemente prohibidas; el que se vale de dichas recomendaciones se ve que disfruta quince o treinta días de licencia no necesitando, tal vez, más que seis o diez; y el que no obtiene la licencia tiene que dejar abandonados asuntos, tal vez de imperiosa necesidad, ó valerse de pagarle a un apoderado que, cuando se trata de un asunto de interés, importe de mil ó dos mil reales, aquel se los come entre pagarle el poder y las dietas de los días que emplea en beneficio del individuo, y todo esto se evitaría si se dictara una disposición de carácter general para que todo individuo del Cuerpo tuviera derecho a solicitar, por conducto reglamentario, los días que necesitara para asuntos propios, dejando para el «Montepío» los haberes que le correspondieran por los días que solicitase, y con esto se conseguiría:

1.º Una buena suma para el Montepío.

2.º La satisfacción general de que todo individuo sabía que cuando lo necesitase podía solicitar licencia; y que si, por ejemplo, iba a negociar algunos bienes de fortuna, dejarían con gusto el haber de los días que permaneciera con tal licencia en favor del Montepío, pues además de ser un beneficio para el mismo y el de sus compañeros por este concepto, al mismo tiempo se ahorra lo que un apoderado le podía llevar por tal comisión, que por poco que esto fuera, siempre sería más que los haberes que el individuo podía dejar.

3.º Que con este modo de proceder los mismos individuos habían de limitar el pedido de días de licencia, y si veían que el asunto que iban a hacer lo podían arreglar en cuatro días, jamás pedirían ocho, por la cuenta que a ellos mismos tenía.

4.º Que con esta determinación se concluía de una vez las recomendaciones que tan prohibidas se hallan por múltiples disposiciones.

Anticipando las gracias se ofrece de usted afectísimo seguro servidor

q. s. m. b.

GERARDO MÉNDEZ ROQUE.

Comillas 12 de Abril de 1894.

Al fondo, al fondo

Si no en toda la amplia forma que la paternal y agradecida solicitud demanda, al menos en la extensión bastante para resultar beneficioso, háse modificado el punto de la ley penal estatuida, cuya aplicación estricta, según venía haciéndose, tan lesivo era a los individuos del Cuerpo, puestos en condiciones de sensible diferencia con sus congéneres del Ejército, que y llenaba, las más veces con fútiles causas, de lágrimas el seno de los inocentes hogares.

Sólo el miedo de aparecer como estudiada lisonja, veda a la pluma el estampar la merecida alabanza; y si quiera sea culpable voluntario de esta falta en el más rudimentario deber de agradecimiento, aún ha de servir esta concesión obtenida a medias para reducir algunas consideraciones que alcanzan por igual a este caso como a otros muchos pretéritos y futuros, y, finalmente, al ahora también en litigio. Este es el dimanado por la Real orden de 13 de Febrero último.

La perturbación por ella introducida viene a demostrar una vez más que el estado de las clases de tropa de la Guardia Civil, en su relación con las de los demás elementos militares, carece de un principio equitativo de asimilación, ó se ha llegado a ésta tan exageradamente que patentiza, con la dolorosa experiencia del continuado desastre, la necesidad de una reconstitución más lógica.

Y sin embargo, esta última disposición no es ni más ni menos que cualquiera otra de las mil que fueron y son; pues un ligero repaso por el largo catálogo de ellas, evidencia que en todas las de carácter general no se tuvieron en cuenta, al dictarlas, las condiciones singularísimas de este Cuerpo, ó, si se tuvieron, no en la extensión bastante para armonizarlas con los principios fijos de su existencia, viniendo por tales causas, y no por los deseos del legislador, sino a pesar de estos deseos, a introducir perturbaciones, ni soñadas ni mucho menos pretendidas, si ya no es que se propuso evitar las mismas que produjo.

Pues bien: pretender, como ahora se pretende, que los efectos de la Real orden no lleguen hasta aquí, de igual modo que se ha pretendido en casos análogos acuerdos semejantes, ya con adverso, ya con favorable soplo de los inconstantes aires de la caprichosa fortuna, es andarse por las ramas, dejando en pie la causa, que no la razón, de tanto latigazo. Y adonde hay que buscar el remedio, ó falta el sentido común, es en el tronco.

Con tanto mayor motivo impónese la necesidad de profundizar el asunto, y no curar con medicación temporal y externa, mal crónico y proviniente de adentro, cuanto que por seguir ese sistema agravase la dolencia, admitiendo implícitamente, al seguirle, la razón de los hechos: y con él y por él se justifica y establece la regla, contentándose con obtener así, por leyes de excepción, lo que había de ser derecho incuestionable. Y como toda excepción es privilegio, y todo privilegio, sólo por serlo, ya es odioso, resulta que, aun siendo justa en el fondo cualquiera legítima concesión, aparece vestida con las prestadas galas del favor, que si no sirven para ocultar el disfraz, sirven en cambio a unos para dudar de toda firmeza en el porvenir, y a otros para pensar que aquí encarnan y alientan todos los apetitos egoístas.

El tema es ingrato para quien carece de autoridad: profundo y extenso en demasía para quien no dispone de lugar ni de tiempo: es además peligroso, porque trae aparejadas necesarias comparaciones, de las cuales se debe huir; pero como a la vez es vital para el Instituto; como cada disposición de estas produce un desencanto aquí, y al tratar de armonizarlas, un aumento de recelos allá; como estas luchas, lejos de vigorizar debilitan, y antes que unir desatan, y mejor que organizar perturban y trastruecan, parece lógico pensar que en vez de consumir energías en la diaria labor del detalle, deberías abarcar de una vez el conjunto, poniendo las cosas en su punto; que si bueno es curar el mal, mejor es prevenirlo y evitarlo, y lo mejor es enemigo de lo bueno.

Sin tratar de descubrir ningún mundo nuevo, y sin faltar a ningún respeto divino ni humano, puede asegurarse que el Sargento, el Cabo y el individuo de la Guardia Civil son entidades muy distintas de sus similares en el ejército. Sostener la absoluta identidad ante las leyes (especialmente en las de orden administrativo) es una ficción legal muy necesaria, es más imprescindible; pero ficción al fin. Si de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso, de la ficción al absurdo las distancias se dan la mano. Y hay que repetirlo, la ficción va resultando exagerada.

EULOGIO QUINTANA DUQUE.

Los premios de reenganche

Bien clara y terminante expusimos en nuestro primer artículo sobre este asunto la lamentable injusticia que se comete con el sistema que rije para la adjudicación del premio de reenganche, según las circunstancias puramente fortuitas en que cada individuo contrajo su compromiso, con relación a la fecha de la Real orden que determinó un procedimiento que está en contra de todas las reglas de la equidad.

Agravada la situación aflictiva de los individuos de la Guardia Civil desde que por Real orden de 20 de Febrero de 1888 se cerró el premio, pues con su exiguo haber, *setenta y una pesetas* para todo el mes, habían de atender al sostenimiento de una acaso numerosa familia, costear un uniforme caro, atender en las frecuentes concentraciones al mayor gasto que lleva consigo el estar separado de la familia, era natural que todos los que se interesasen por la suerte de la Guardia Civil anaran sus esfuerzos para conseguir la reposición del premio de reenganche, como compensación a su penoso servicio y porque sin él humanamente sus individuos no podían vivir.

Conseguida ya la Real orden de 2 de Enero del presente año, parecía natural que todos, absolutamente todos los individuos que contaran los seis años de servicios exigibles, habían de tener un perfecto derecho a percibir el premio de reenganche, y que con este motivo habrán de contraer inmediatamente un compromiso con premio; quedando en el acto sin efecto el anterior que sin él habíase visto obligado a contraer, por la sencilla razón de que, el Director del Instituto, a excepción de en casos extraordinarios, no estaba facultado a conceder compromisos indeterminados.

Pero los hechos dicen más que toda la lógica del mundo, y he aquí que, como ejemplos vivientes, andan por ahí quienes se han reenganchado con opción a premio, llevando al lado un compañero y jefe de pareja que, con doble tiempo de servicio, tiene aún que esperar años para conseguir lo que otro más moderno que él disfruta.

Estos absurdos son efecto de la legislación de referencia. El porvenir de un Guardia cambió, de reengancharse el día 19 de Enero, a hacerlo el día 21. Y quisieramos nosotros que se nos dijera qué significan esos trastrueques de la suerte en los rumbos

que el legislador profundo y concienzudo debe trazar con mano diestra.

¿Que no es posible preverlo todo ni dejar a todos contentos? ¿Que las leyes que no tienen efectos retroactivos, benefician desde la fecha de su promulgación?

¡Ah, sí! ya lo sabemos; pero por eso, al estudiar la materia legible, antes de formar un juicio definitivo, debe tenerse muy en cuenta el pró y el contra que en este uso estaba sintetizado en no procurar mayores ventajas a quien había contraído menores méritos.

Por esto, si en vez de haber restringido el derecho, consiguiendo que muchos Guardias y Cabos que llevan diez, doce y hasta catorce años de servicio carezcan de premio, mientras lo disfrutaban los que no han servido más que la mitad de aquel tiempo; si en vez de esto se hubieran considerado los períodos de reenganche desde la misma fecha con que se publicó la Real orden, todos estarían hoy en condiciones bien unitivas, sin esas diferencias que privilegian a unos, sin que ellos hagan más que tomar lo que les dan, mientras otros vense privados de lo que en justicia les pertenece.

Creemos que el asunto aún tiene arreglo, si se quiere con buena voluntad dejar satisfechos los intereses de todos.

Que a todos los que cuenten más de seis años de servicio se les otorgue, sin distinción, el premio de reenganche, y nos daremos por satisfechos.

La injusticia es tan notoria, que con más palabras no se aclararía más, seguramente.

Excitamos nuevamente al señor Ministro de la Guerra para esta reparación tan legítimamente demandada, y ojalá que nuestra insistencia de hoy obtenga mejor éxito que nuestros anteriores trabajos.

Sección de Ultramar

El consejero del Ministro.—Un botón para muestra.—Economía que producen los regresos.

Nos admirábamos nosotros, y con nosotros la mayoría de los periódicos cubanos que de asuntos militares se ocupan, de la sin igual energía demostrada en esta ocasión por el Ministro de la Guerra con motivo de la Real orden acerca del regreso de los Jefes y Oficiales de Ultramar; pero ya no hay por qué admirarse: carece de fundamento, así el asombro de los colegas aludidos, como el nuestro; esa insistencia, esa energía, ese inquebrantable propósito de llevar a cabo lo dispuesto en 10 de Enero último, obedece nada menos que a las excitaciones y autorizados consejos de *La Aduana*, periódico habanero de gran aceptación, sin duda, entre las clases militares, que, cansado de argumentar en favor de la casa Anitúa, única, al decir de aquí, que dispone para la venta de buenos armamentos, la emprende ahora con la famosa Real orden citada, aplaudiendo, lleno de entusiasmo, tan acertada disposición, que no vacila en calificar como de las más justas y equitativas.

¡Buen defensor y mejor consejero le ha salido al Sr. López Domínguez!

De todas veras le felicitamos por tan soberano hallazgo, que si como hasta hoy sigue *La Aduana* rompiendo lanzas en su favor, de seguro no queda español que desconozca la bondad de sus preceptos ni Ministro de Hacienda que dude en aceptarlos, seguro de las ventajas económicas que ha de reportar al país.

Y si para muestra basta un botón, examínese la clase de los que ofrecemos a nuestros lectores.

Califica el colega antillano de vanas excusas ó fútiles pretextos algunas de las elementales razones apuntadas por el *Diario del Ejército* en pro de ciertas excepciones que debieran establecerse para los regresos, razones que son precisamente las mismas por nosotros aducidas, y dice en resumen, para quitarlas todo valor ó fuerza, no se ocasiona perjuicio alguno ni queda desatendido el servicio porque se ordene el regreso de algunos Oficiales de la Guardia Civil, puesto que entre los existentes en la Península hay muchos que le han prestado en Cuba y conocen el país tan bien como pueden conocerlo los que allí se encuentran actualmente.

Confesamos con ingenuidad no puede ser más contundente el argumento ni más irresistible la lógica, pues, en efecto, los aspirantes que figuran en las escalas correspondientes, dado por hecho que existieran, no pueden ser otros que los mismos que ya estuvieron en Ultramar, como tampoco pueden ser otros que los regresados en la remota fecha, aquellos a quienes correspondiera la bola negra, si por falta de voluntarios hubiera de recurrirse al sorteo dentro de mitad inferior de las escalas, y aún así, es decir, suponiéndolo todo a medida del paladar de *La Aduana*, habría de dar la coincidencia de que los destinados a Cuba fueran precisamente a cubrir vacantes en puntos por ellos conocidos, pues de nada les servirían sus anteriores estudios topográficos si los nuevos destinos radicados en provincias distintas de las en que sirvieron.

¿Se atreverá todavía el diario político independiente a decir que nuestras razones son de pata de banco? Todo esto, y aun algo más, nos sabe dictar la pasión cuando, extremadamente débiles, por ella somos arrastrados.

Pero no se conforma con tan poco nuestro colega, y, en su afán de extremar la defensa, añade, ocupándose de los gastos, que con nosotros califica de excesivos é inútiles, *La Discusión*:

«En segundo lugar, los pasajes de esos Jefes y Oficiales, que el Estado debe pagar, no llega a 24.000 pesos, que es lo que corresponde al tipo de contrata, y siendo igual la cantidad que habrá de pagarse por sus relevos, resultará que este gasto sólo llegará a 48.000 pesos.»

Es decir, una cantidad insignificante, y de la cual nuestro Tesoro puede sin cuidado desprenderse, ya que, por fortuna, se encuentra desahogado y tiene enjugada la mayor parte de su deuda, aunque, si hemos de creer a *La Aduana*, ni aun ese desembolso se llevará a efecto, porque termina diciéndonos:

«Conste, pues, que el Estado no tiene que desembolsar, para que se lleve a cabo lo mandado, el medio millón de pesos que dice *La Discusión*; que el pasaje de los 228 individuos que marchan de regreso a la Península sólo importa unos 24.000 pesos; que el pasaje de los que vienen a relevarlos importa igual suma; en junto, unos 48.000 pesos, que serán reintegrados por los que los perciben, de modo que ningún perjuicio recibe el Estado, que consigna esta atención en su presupuesto, y que la medida dictada obedece a que en su oportunidad no se cumpliera con lo dispuesto en las leyes.»

Todo esto, bajo el supuesto de que los que regresan y abandonan la península no tengan familia, pues en caso contrario también el Estado abona parte del pasaje; circunstancia que, por lo visto, debe ignorar *La Aduana*, como también ignora que aquel no se reintegra de ninguno de dichos pasajes, pues de reintegrarse, no consignaría en su articulado el Real decreto de 18 de Marzo de 1891, que tienen derecho a ser transportados por cuenta del Estado, los Oficiales Generales, Jefes y Oficiales del Ejército y sus asimilados, destinados a los distritos de Ultramar.

Véase por dónde al amigo del Sr. López Domínguez le ha salido la defensa un poco desigual, y donde por carambola salen defendidos los intereses de la Compañía Transatlántica, de la propia manera que por evitar se dotara de un armamento defectuoso a la Guardia Civil de Cuba, salió defendida a capa y espada la casa Anitua, de Eybar.

¡Oh, fuerza del consonante!

Para comprar efectos de escritorio, papel, tinta, etc., recomendamos a nuestros abonados la casa de

Hijos de Fernandez Iglesias, donde encontrarán bueno y barato cuanto deseen.

El anuncio en cuarta plana.

REGLONES CORTOS

Sin solución

Fué uno de tantos casos: una historia que dejó por su escándalo memoria. El, todo corazón; un hombre honrado: Ella también honrada y muy hermosa: El muy enamorado: Ella... no sé; no sé si aquella rosa En su cáliz tenía Duradera pasión, o amor de un día. Se casó el hombre al fin, logró su anhelo; Sentía de placer locos accesos Pensando en aquel cielo Con música de arrullos y de besos. Pero el tiempo pasó, y el paraíso Trocóse de improviso En mazmorra infernal; punzada horrible Despertó al fiel marido Del sueño arrobador, y estremecido Aún intentó luchar: ¡era imposible!

Dicen que el seductor fué un calavera De esos que hacen alarde de hazañeros; Cumplidos caballeros Que aguantan un insulto de cualquiera. Aquel marido huyó; se fué buscando Un sitio do vivir, vivir muriendo; El recuerdo tenaz lo fué matando, Y cada cual allí quedó diciendo Cien mil majaderías, Habilllas obligadas de unos días. De corrillo en corrillo fué su nombre Objeto de chacota, Y hasta el más criminal y más idiota No dejó de decir: «¡ese pobre hombre!»

El supo su deshonra, y poco fuerte O demente tal vez, se dió la muerte. Ella fué muy infame; una traidora Que pagó tanto mimo Haciendo que la grey murmuradora Dijera de su esposo: ¡vaya un primo!

Sé de un tercer marido Que estaba prevenido, Y ansioso de atajar todos sus males, A dos de sus amigos Les hizo ser testigos Y a su mujer llevó a los Tribunales. La esposa aborrecida En la cárcel quedó, y él entre tanto Siguió la misma vida Sin que nadie notara su quebranto. Y al verlo inalterable, el mundo osado, Que en eso de juzgar no hay quien le venza Decía horrorizado: «¡Qué falta de aprensión, que desvergüenza!»

¡Oh, sociedad honrada... Nada te satisface, nada, nada!

RICARDO VINUESA.

Permutas

Lázaro Ferrero Carro, guardia primero de la Comandancia de Zaragoza, puesto de Caspe, desea permutar con otro de su clase de la segunda ó tercera Compañías de Huesca, tercera de Lérida ó sexta de Lérida.

Eugenio de la Gala Ibáñez, Cabo de la Comandancia de Madrid, puesto de Vaciamadrid, desea permutar para el 10.º Tercio.

NUESTRO CONSULTORIO

X.—1.ª Está ya cubierta. 2.ª Fuera. 3.ª No, señor. 4.ª No, señor. 5.ª Tiene que esperar hasta que haya vacante.

Torralba.—A. R.—1.ª 1.647 metros. 2.ª No, señor. 3.ª 75. 4.ª Sí, señor; en 13 de Abril se remitió a informe del Jefe de Zaragoza.

Santa Bárbara.—R. L. G.—1.ª Aclare usted la pregunta, pues no se entiende. 2.ª Vale siempre por mitad.

Algarrobo.—J. V. L.—1.ª Tiene usted derecho al premio de 50 pesetas por haber ascendido antes del Real Decreto de 9 de Octubre.

Fuentes de Andalucía.—J. T. L.—1.ª El número 483 entre los soldados. 2.ª No, señor. 3.ª Siguen cursándose las propuestas como antes. 4.ª Uno y otro que falleció. 5.ª No puede precisarse; pero suponemos que no. 6.ª Sí, señor; es de justicia.

Arbó.—R. N. P.—1.ª 43 pesos en Infantería y 51,25 en caballería. 2.ª Sí, señor. 3.ª Sargentos ninguno; Cabo uno.

Corrales.—D. D. S.—1.ª No, señor. 2.ª Pídale

por oficio al Administrador del Resumen en Valdemoro.

Hinojosa.—J. L. H.—1.ª A los seis, y entran en la tercera categoría. 2.ª El número 494 entre los soldados.

Caspe.—L. F. C.—1.ª El 65. 2.ª A los 15. 3.ª Publicada.

Uncastillo.—M. S. S.—1.ª Sí, señor. 2.ª Hasta que le trasladen la nota a la hoja de castigos, sí, señor; después no. 3.ª La que usa actualmente. 4.ª No, señor. 5.ª Sí, señor. 6.ª Cuando lo previene el *Diario Oficial*, y la instancia debe ser cursada por conducto de sus Jefes.

Sort.—J. J. I.—1.ª El 316. 2.ª 117. 3.ª 47. 4.ª Sí, señor. 5.ª No ha ingresado. — 6.ª 29 pesos 40 centavos.

Cepeda la Mora.—S. M. G.—1.ª No, señor. 2.ª Diez pesetas.

Villel.—D. S. J.—1.ª Valero el 113 y Sánchez el 120, ambos en el turno de los Cabos. 2.ª Después de los 25 años, sí, señor. 3.ª Al llevar 16 de servicio voluntario. 4.ª Si no son hijos de veterano, no señor. 5.ª En el Ministerio de Fomento. 6.ª Juan Chozas, en Ocaña (Toledo); Fernández, Torreveja (Alicante); Carrio, Gata (Alicante); Cuartero, Casas de Juan Núñez (Albacete); precise usted la Comandancia de Tiburcio Domingo y se le contestará. 7.ª Sí, señor; pero ha sido visto. 8.ª Sí, señor. 9.ª Sí, señor. 10.ª En el depósito de la Guerra.

Vaciamadrid.—E. G. I.—1.ª Publicada. 2.ª En Astorga.

Torreveja.—J. F. V.—1.ª Sí, señor. 2.ª Siendo más modernos, no, señor. 3.ª El 166. 4.ª Desestimado en 5 de Abril por falta de estatura.

Durango.—C. B. B.—1.ª El núm. 26 entre los hijos de veterano. 2.ª No puede precisarse.

Villafranca del Panadés.—J. S. C.—1.ª Usted no debo ser clasificado; la Real orden de 13 de Febrero, sólo se refiere a los Sargentos ascendidos después del Real decreto de 9 de Octubre.

Pedralva.—J. C. G.—1.ª En la revista de este mes ha causado alta con destino a Castellón. 2.ª El tiempo que usted dice le sirve por mitad.

Onteniente.—C. C.—1.ª Joaquín Oleina el 324 y Joaquín Camarena el 325, ambos con el turno de los Cabos.

Niebla.—G. M. D.—1.ª El núm. 2. 2.ª Hecho el traslado.

Cadiar.—A. L. J.—1.ª Hilario Peña, el número 386 entre los soldados, Juan Vela el 377 en igual turno y Francisco López Molina causó alta en Marzo en la Comandancia de Cádiz.

Ripoll.—C. A. H.—1.ª No figura. 2.ª Idem. 3.ª El núm. 30.

Huтор Santillán.—J. P. P.—1.ª El número 336 entre los soldados. 2.ª No ha tenido entrada la instancia. 3.ª Hecho el traslado que usted interesa.

Betanzos.—M. G. M.—1.ª El núm. 589 entre los soldados.

Pedreguer.—J. M. J.—1.ª El 466 entre los soldados.

Azuqueca.—J. S.—El 471 entre los soldados. Paterna del Campo.—F. P. L.—1.ª En la relación de aspirantes no figura usted, pero como al ingresar se le reservó el derecho de pasar a Valencia, procede se dirija en instancia al Jefe de su Comandancia, para que le coloquen en el lugar que le corresponde.

Gumiell.—J. O. G.—1.ª No, señor; sólo cuando está abierto el embarque. 2.ª El núm. 8. 3.ª La libreta en la Dirección General, y los alcances en la caja General de Ultramar. 4.ª Si la Comandancia a que fué destinado no lo reclamó en el ejercicio a que corresponde el devengo, debe usted solicitarlo por instancia de S. M. acompañando justificante.

Bellver.—A. V. S.—1.ª Si lleva seis años en filas; sí, señor. 2.ª El núm. 36. 3.ª El 29. 4.ª El 224. 5.ª En Valdemoro. 6.ª 14.

G. S. R.—1.ª Casimiro Romero y Marcelo Pérez,

en la Comandancia de Ternel, puesto de la capital; Nicolás Alón, Cáceres, capital; Manuel Cereza, Valladolid, capital; José Sánchez, Albacete, capital, y Domingo Tojal, en Santa Olalla (Huelva).

Tabernas.—A. M. M.—1.ª El núm. 3. 2.ª Si cobran paga como de Infantería, entendemos no es de justicia. 3.ª No, señor. 4.ª Para entrar en el goce del premio tiene antes que cumplir el compromiso actual.

Santaña.—E. V. G.—1.ª No le sirve de nada. 2.ª Si no estuvo amalgamado, los Guardias que usted cita resultan más antiguos y, por tanto, usted no debe ir encargado. 3.ª El 10.924.

Navarredonda.—B. M. S.—1.ª Nos informaremos. 2.ª Saturnino Reviriego, el núm. 1.278; Remigio Díaz, el 3.593; Martín Sánchez, el 7.312 y Benito Muñoz, el 7.310. 3.ª El núm. 12. 4.ª Fabián Calvo, el 326 y Miguel Hernández, el 162. 5.ª El número 4 entre los soldados.

Almazora.—E. M. C.—1.ª 4; pero usted no asciendo.

Asco.—F. C. P.—1.ª No figura.

Carballino.—C. S.—1.ª Sí, señor, con el número 62. 2.ª El 258. 3.ª Sí, señor; no vemos inconveniente que lo haga.

Cádiz.—F. G. Z.—1.ª Contestaremos a usted en el próximo número. 2.ª No, señor; solamente a los del Tercio. 3.ª No, señor. 4.ª de los Jueces de instrucción. 5.ª Con el nombre y apellidos que usted cita no existe ninguno. 6.ª El núm. 17. 7.ª El 20. 8.ª El 8.

Para pasar el rato

Geroglífico sin dibujos.

El calor
nosotros

dicho.
dicho.
dicho.

(E. A.)

Acertijo.

Buscar cuatro nombres de varón, con la primera sílaba de los cuales se forme uno de mujer.

Las soluciones en el número próximo.

ADVERTENCIAS

Para la marcha regular del periódico, hemos acordado advertir a nuestros suscriptores que, los avisos dándose de baja, los han de remitir antes del día 20 de cada mes.

Las horas de despacho en nuestra Administración, son de 9 a 11 mañana, y de 7 a 9 tarde. Los días festivos de 12 a 1 solamente.

Para ponerse al corriente de la Ley de Enjuiciamiento criminal, de la de caza y pesca, de la de montes y de la de secuestros, el **amigo del Guardia Civil**.

Para mayor claridad de los Reglamentos y cartilla del Cuerpo, el **amigo del Guardia Civil**. Para la formación de atestados, el **amigo del Guardia Civil**.

Pídale, acompañando 1,25 pesetas, a M. Mosquera ó a Jesús García, ambos Guardias Civiles residentes en Coruña y Orense respectivamente.

MIGUEL ROMERO, IMPRESOR, TUDESCOS, 34.

rias y aun otras mayores maldades eran de tal índole y naturaleza, que los mismos perjudicados se decidían a recurrir a la justicia para su castigo, ya porque no siempre podían presentar las correspondientes pruebas, ya también porque les repugnaba delatar y perseguir a personas con las cuales habían vivido largo tiempo en íntimo consorcio, y a quienes habían tratado como a buenos y cariñosos amigos.

Por otra parte, los tales caballeros solían ser consumados espadachines, y poseían el arte maravilloso de transformar y convertir, merced a los más hábiles y agudos sofismas, todas las cuestiones de sus estafas y rapacidades en delicadísimas cuestiones de honor, que debían decidirse por los filos de la espada, y ante semejantes argumentos se retraían muchos, que se resignaban mejor a callar que a batirse, cuando, de todas maneras, dada la administración de justicia de aquellos tiempos, no habían de recobrar lo perdido.

A mayor abundamiento, casi todas sus estafas estaban revestidas de tales formas y hechas con tan singular gracia y donaire, que hasta los mismos burlados se reían algunas veces de su simplicidad, admirando al mismo tiempo la sutileza, ingenio y buena sombra de sus engañadores.

El caballero de Industria era un producto en que por iguales partes entraban la situación particular de los individuos y las condiciones generales de la sociedad en que aparecía.

Las preocupaciones nobiliarias, la educación a lo caballero, el hábito desde la niñez de las comodidades y del lujo y la total carencia de patrimonio de los segundones por una parte, y por otra, la opinión emitida en la sociedad de que era deshonesto que cierta clase de personas se dedicasen al trabajo y a oficios mecánicos, producían de consuno este tipo caballeresco petardista, que nada tenía de útil, estimable ni apetecible.

A este linaje de preocupaciones uníase otra no menos funesta y censurable, como lo es la de que no merecen grande severidad, represión ni castigo ciertas maldades, que no llegan hasta el punto de crímenes sangrientos, y que suelen calificarse con el benévolo nombre de calaveradas de mozos, extrayidos juveniles, travesuras disculpables, sin advertir que

en general tan falsos principios acaban por tener los más desastrosos fines.

Así sucedía que por tales caminos, si algunos llegaban a ser personajes importantes, muchos también, mancillando su nombre y su familia, expiraban en un suplicio; y cuando mejor librados salían, pasaban largos años remando en las galeras del rey, porque no todos, una vez colocados en la resbaladiza pendiente del crimen, acertaban a contenerse en aquellos preciosos límites, tan fáciles de traspasar, en que eling-nio, el donaire, la travesura y las buenas formas suelen hallar gracia ante la sociedad para no conducirlos inexorablemente ante los tribunales.

No conozco, sin embargo, un género de indulgencia que sea más funesto para los individuos, para la sociedad misma y para aumentar las concausas del bandolerismo que esta benévola disposición tan extendida, tan injusta y tan peligrosa que en todos se advierte, para disculpar lo que es en sí moralmente malo, tan sólo porque logra encubrirse, a fuerza de inteligencia y artificio, con la máscara de eso que se ha dado en llamar *buenas formas sociales*.

Por desdicha, la desoladora raza de los caballeros de industria se ha transformado, pero aún no se ha extinguido en nuestros bienhadados tiempos; antes bien ha crecido y progresado con portentosa rapidez y abundancia.

CAPITULO XXVII

Antecedentes y consecuencias.

Ya he dicho que las consecuencias de las causas históricas son más trascendentes y persistentes de lo que en general se piensa, y siguen ejerciendo su poderoso influjo en las sucesivas generaciones, aun sin que ellas se aperciban siempre, mediante el claro conocimiento de los hechos, del origen verdadero de infinitos hábitos, tradiciones, usos, costumbres, propensiones y tendencias que se les imprimen con carácter moral y determinado.

Todos los actos humanos, ya se refieran al bien, ya se relacionen con el mal, entrañan consecuencias necesariamente adversas ó favorables para el desarrollo moral de la especie, porque tal es la inexorable ley de la solidaridad humana.

Y son tan evidentes y de tan extraor-

rara vez dejaba de presentarse, el *hidalgo de la negra honrilla* no se convertía seguramente en un hombre trabajador ó laborioso, porque esto era de todo punto imposible; pero en cambio, libre ya de sus primitivas y añejas preocupaciones, declaraba la guerra con inquebrantable resolución a la sociedad entera, y ya no retrocedía, ni ante la lucha, ni el combate, ni el latrocinio, ni la estafa, ni el hurto, ni tampoco ante la publicidad de su miseria, hasta este instante decisivo con tanto trabajo y tan cuidadosamente oculta.

Entonces el *hidalgo de la negra honrilla* se transformaba, como por ensalmo y sin apelación, en *calallero de industria*.

CAPITULO XXVI

Los caballeros de industria

El pensamiento culminante, la idea fundamental que dirige todos los pasos y conducta del *hidalgo de la negra honrilla*, era que nadie supiese su absoluta carencia de medios para vivir, porque el no tener se consideraba como deshonoroso.

Esta pretensión absurda es imposible por una parte, y la inevitable necesidad de subsistir por otra, constituían ineludiblemente y de consuno la enojosa y crítica situación de aquellas desventuradas gentes, así como también el martirio perpetuo de su trabajosa existencia.

Pero cuando el infeliz *hidalgo* reconocía la imposibilidad absoluta de sostener la comedia de su aparente bienestar por mucho tiempo, salía bruscamente de sus angustias y desesperación, convirtiéndose de pronto, como ya he indicado, en *calallero de industria*.

En esta nueva faz de su destino y de su vida adoptaba un lema y norte de conducta diametralmente opuesto al que antes le había guiado y producido las más dolorosas privaciones; es decir, que si antes se esforzaba por ocultar a todo trance su miseria, guardando el bien parecer y todo linaje de miramientos para no perjudicar a su reputación y buen nombre, ahora le importaba muy poco todo cuanto de él se pensase y dijese, con tal de no carecer, no sólo de lo necesario a la vida, sino también de todo aquello que pudiera hacerla cómoda y

agradable, con los goces y refinamientos de la ostentación y del lujo.

El nuevo caballero de industria, cansado ya de ser honrado y no tener, lo cual le producía deshonra sin merecerla, preocupábase ante todo de tener y gastar a sus anchas, viniera de donde viniera, supuesto que las inconcebibles y funestas preocupaciones de la sociedad le proclamaban honrado cuando tenía, es decir, en el momento en que faltaba a los severos deberes de su honra por aparecer rico y lleno de abundancia y conveniencias.

Es verdad que la postre solían descubrirse por la justicia todos sus artificios, engaños y embelecos para aparentar lo que no eran, viniendo a parar en galeotes, y alguna vez en la horca; pero también es innegable que durante largo tiempo la sociedad los había acogido en su seno con toda especie de consideraciones en la época de sus prosperidades, además de que no pocos de aquellos caballeros de industria, a fuerza de ingenio, habilidad y suerte, la cual para todo se necesita, solían llegar a ser personajes de importancia.

El camino más ordinario y expedito que los tales caballeros adoptaban para adquirir cuantiosa fortuna, a veces con inaudita rapidez, era el de la *fullería*, que no ejercitaban como vulgares sollastrones en inmundos mandrachos, sino en las casas y entre la gente de forma, como entonces se decía, ó de buen tono, como ahora se dice.

Los caballeros de industria formaban también una especie de hermandad ó cofradía, muy semejante en su régimen interior al de los demás círculos ya mencionados, de la plebeja ó villana picaresca.

Así, pues, el iniciado recibía entre ellos las correspondientes lecciones de tratas y floreos usados en la que se llamaba buena y culta sociedad, comunicándose también otros sutiles y provechosos adverbios relativos al porte, modal y conducta que debían seguir con las damas principales y ricas herederas, de cuyo trato, familiaridad, flaquezas, trivialidades es indiscreción, acostumbraban sacar gran partido y fruto para sus odiosos intentos, que eran siempre los de apoderarse de lo ajeno por medio de la estafa y del petardismo.

En muchas ocasiones sus galanteos les

Cuatro grandes Fábricas de papel

DE LOS

Hijos de Fernández Iglesias

(TRES ALMACENES EN MADRID)

Proveedores de la Dirección de la Guardia Civil

Objetos de escritorio de todas clases.

Cuanto necesiten los **Guardias**, cuanto deseen los **Comandantes de Puesto** para su correspondencia, cuanto sea útil á los **Jefes y Oficiales** para su despacho, lo encontrarán en esta acreditada casa.

Plumas, lápices, libros rayados, costeras, etc., etc., á precios reducidísimos.

Especialidad en tarjetas, timbres, facturas y trabajos litográficos de todo género.

A los señores suscriptores de **EL HERALDO** se les hará una rebaja, para lo cual basta enviar una faja del periódico al hacer el pedido. Dirigirse á la **Carrera de San Jerónimo, 10.—MADRID**, ó á esta Administración, donde, también se reciben encargos.

GEMELOS DE CAMPAÑA

con estuche y bandolera, reglamentarios, para los señores Jefes y Oficiales de la **Guardia Civil**

Gemelo militar, objetivo 19 líneas, cónico; aumenta cinco veces, seis lentes campo de vista á los 1.000 metros 45 metros. Peso sin el estuche 430 gramos.

Precio con estuche y bandolera, 60 pesetas.

Las condiciones de pago y descuento son según la importancia de los pedidos.

LUIS VIVES Y COMPAÑIA

Calle de Fernando, número 23, BARCELONA

Nervios

El **Antinervioso Howard** es el tónico más poderoso del sistema nervioso; no tiene rival para curar vértigos, mareos, el insomnio y pesadillas, temblores, ansiedad, sensaciones extrañas, frío, calor, dolor, irascibilidad, parálisis, falta de memoria, de voluntad y de resolución. Obra reconstituyendo. Remedio para quince días, 4 pesetas.—Venta: boticas, Hortaleza, 110, y M. García, Capellanes, 1.—Va por correo.—**Instituto Audet**, Alcalá, 72, duplicado, Madrid.—De doce á dos.

Impotencia

El **Fluido Vital, Gotas Viriles, Glóbulos vitales y Perlas del Serrallo** (5, 6, 25 y 40 pesetas), son los únicos remedios bien informados por la razón sana de un pensador ilustre para curar sin riesgo y con la mayor solidez la **impotencia, derrames seminales** y demás desarreglos genitales por abusos ó vejez. Son tónicos vigorosos y curan **aun cuando se hayan ensayado otros remedios sin resultado positivo**.

Venta: boticas, Hortaleza, 110, y M. García, Van correo.—**Instituto Audet**, Alcalá, 72, Madrid.

Venéreo-sífilis

Curación é inmunidad con los remedios antisépticos, **Antiblenorrágico Ivel**, para curar todo flujo uretral, purgaciones, gota militar, etc. **Antisifilitico Cowper**, para la sífilis en todos sus períodos. Precio: 4 pesetas en las boticas, Hortaleza, 110, y M. García, Van por correo. **Instituto Audet**, Madrid.



Fábrica de impermeables

EN BARCELONA

LUIS VIVES Y COMPAÑIA

Barcelona, calle de Fernando, número 23

Especialidad en los de forma reglamentaria para los señores Jefes y Oficiales de la **Guardia Civil** y demás Cuerpos del Ejército.

Empleamos el mejor tejido, de color invariable negro firme, siendo flexible é impermeable garantizado. Capotes de buen corte, engomados y cosidos al mismo tiempo. Facilidades para el pago. Pídanse circulares y muestras.

SASTRERIA MILITAR

DE

VIUDA É HIJOS DE V. J. PASCUAL

Casa fundada en 1814

2, Travesía de Trujillos, 2.—Madrid.

Contratista para la Guardia Civil y Carabineros desde la creación de ambos Institutos. Contratas para el Ejército y Corporaciones civiles y militares.

GRAN FÁBRICA DE SOMBREROS

FUNDADA EN 1840

PREMIADA EN DISTINTAS EXPOSICIONES

DE

HIJOS DE ANTONIO GIL

PRIM, 11, Y VITORIA, 5

BURGOS

SUCURSAL

29, Fuencarral, 29

MADRID

Especialidad en sombreros para la Guardia Civil, Alabarderos, Escolta Real y Cuerpos Diplomáticos.

SASTRERÍA MILITAR

DE

Francisco Juan Vidal

SAN BARTOLOMÉ 7, 9 Y 11, MADRID

Contratista para la Guardia Civil y Carabineros. Se confeccionan toda clase de prendas de militar y paisano. Corte excelente. Géneros del reino y extranjeros.

servían admirablemente para sus fines, pues que se dedicaban con grande asiduidad y esmero á requerir de amores á nobles damas, cuyos maridos estaban ausentes en la guerra, ó á respetables viudas, á quienes levantaban de cascos con sus requiebros y en cuyas casas reuníanse tertulias, á que asistían las personas más ilustres y distinguidas, y excusado parece decir que, en tales reuniones, los caballeros de Industria hallaban modo y coyuntura de que se entablase juego para desollar sin compasión á opulentos indios y ricos magnates, cuyos doblones pasaban á sus escarcelas con facilidad increíble y rapidez milagrosa.

Y como la bella mitad del género humano era entonces, como lo es ahora y lo será siempre, ciega idólatra y adoradora de los brillantes éxitos, resultaba de aquí el que la buena fortuna del ganancioso era la comidilla de los contentos y también de matronas y doncellas, las cuales echaban el ojo al venturoso caballero, que solía ser muy galante y bien portado, además de bien nacido, marcándole para sus adentros, las unas por su yerno y las otras por su esposo.

El caballero de industria, cuya corrupción é inmoralidad corría parejas con la de los más empedernidos criminales en cuanto á la esencia, se distinguía de aquellos, sin embargo, de una manera profunda y extraordinaria en cuanto á las buenas formas, frase funestísima que siempre ha servido de pasaporte en la sociedad para encubrir los más infames vicios, bajo las apariencias deslumbradoras, si no de la virtud, al menos de la simpatía, del agrado, de la discreción y de las conveniencias sociales.

En sustancia, el caballero de industria era un criminal tan repugnante como cualquiera otro, y aún más digno de aversión y censura que otro cualquiera, atendida su educación y clase; pero tenía especialísimo cuidado en imponer un cierto sello de hidalguismo y nobleza, por decirlo así, á todos sus actos, estafas y latrocinios, disfrazándolos y vistiéndolos con el que pudiera llamarse traje de caballero.

Compréndese fácilmente esta extraña y singular tendencia en una sociedad organizada bajo el punto de vista de la diversidad de clases, y entre las cuales era tan exclusivo y absoluto el predominio de la nobleza ó aristocracia.

La consecuencia natural de este principio era, y no podía menos de ser, el que se implantase y tuviese en eco y resonancia correlativos y paralogícos, hasta en las regiones de la Picaresca.

En una palabra: las diferencias sociales llegaban hasta el extremo de revelarse también, aun en las manifestaciones del crimen, de suerte que el caballero de Industria, á pesar de sus transgresiones morales, permanecía caballero siempre, ó por lo menos, abrigaba esta pretensión, atendido el orgullo mobiliario que en aquella época predominaba, hasta el punto de creerse que no las acciones, sino la sangre, constituía la superioridad del hombre.

Así, pues, los caballeros de Industria conservaban costumbres caballerescas, particularmente cuando se trataba de la reputación y honor de las damas: pues en corrillos, casas de conversación, tertulias, corrales de comedias y en todas partes, salían á su defensa contra los maldicientes, aun cuando no las conociesen, retándolos y riñendo con ellos para castigar sus calumnias y presunciones.

Sucedía, pues, que con harta frecuencia los tales caballeros recibían los más expresivos testimonios de agradecimiento por parte de aquellas damas defendidas, proporcionándose de este modo simpatías y protección en donde menos podían esperarlas, y á donde más podía convenirles.

Esta conducta era en ellos característica y general, como que provenía de una máxima ó regla constantemente profesada y prescrita por la comunidad de aquellos industriosos caballeros.

Pero en otros casos se constituían en campeones del honor del bello sexo, no desinteresada y espontáneamente, sino con el plan preconcebido de relacionarse y hacerse aceptos y agradables á determinadas damas ó doncellas, cuya estimación ó benevolencia deseaban captarse para realizar sus diversos fines.

La mayor parte de los caballeros de Industria vivían á costa de sus relaciones amorosas con viejas ó feas ricas, sin perjuicio de las entradas, ganancias y garbeos, que por otros medios pudieran adquirirse: pero si esto sucedía con los caballeros mozos, los de edad proveya se ocupaban en trazar los más complicados y hábiles planes para llevar á cima cuantiosas estafas en beneficio de los co-

frades, que se prestaban recíproco auxilio, unos con sus consejos y experiencia, y otros secundando admirablemente la ejecución de sus proyectos.

Los más experimentados aconsejaban á los jóvenes que por todos los medios imaginables se apoderasen de los secretos de las familias de sus damas, y sobre datos de tan mala ley, fraguaban después las más diabólicas tramas y combinaciones, para realizar de común acuerdo las más lucrativas estafas.

Por tan inicuos y reprobados medios solían proporcionarse otras veces las que pudieran calificarse de estafas permanentes, las cuales equivalían á pensiones fijas sobre secretos, que les pagaban, ya esposas culpables, amenazadas por los tales caballeros de industria de que descubrieran sus infidelidades á sus maridos, ya ricas y apasionadas herederas, por cuyos balcones habían visto descolgarse á deshora al favorecido amante, ya opulentos caballeros que habían cometido algún crimen, cuyo secreto ellos poseían; en suma, se valían de los más ingeniosos y endiablados ardis para sorprender todos los misterios de los hogares, utilizando también con arte indecible el amor, las pasiones, los vicios, la codicia ó imprevisión de inexpertos pajecillos, de lenguaraces lacayos, viejos rodrgones y dueñas quisistafieras que, por una caricia eran capaces de consentir que prendiesen fuego á la casa de su amo.

El trato con las gentes de calidad, que les proporcionaban por su porte, nacimiento y amores, contribuía en gran manera á facilitarles los medios y el crédito suficientes para dar con éxito seguro sablazos, como hoy se dice, á diestro y á siniestro, á las personas más acaudaladas y espléndidas, las cuales por maravilla dejaban de caer en el lazo, pues que los caballeros de industria, con las más corteses razones y bajo los más plausibles pretextos, sabían aprovechar admirablemente la ocasión de hacer sus estafadoras demandas en momento y circunstancias en que los explotados no podían buena mente negarse á sus pedigonas exigencias, sin la nota de mezquinos y tacaños.

También, haciendo alarde de sus encumbradas y poderosas relaciones, solían explotar á los incautos pretendientes de cargos y oficios públicos, que les pagaban sin pomposos y prometidos favores, los cuales podían cumplir algunas veces,

si bien otras quedábase aplazada su realización para las calendas griegas.

Y así como de ordinario solían enriquecerse robando con el juego, así también llegaban con harta frecuencia á ser personajes de valía, mediante su matrimonio con nobles y ricas doncellas, empleando á veces los más inicuos medios para conseguirlo, y valiéndose, bajo mil distintos conceptos, del auxilio, concurso y ayuda de sus cofrades, á quienes más tarde favorecían desde su alta posición en todas ocasiones, y especialmente en las perances y tropiezos que su peligrosa industria les acarrea.

En resumen: la vida, hechos, milagros, hazañas, sonasacas y embestimientos de los tales industriosos caballeros, era la ocupación maligna, constante y para ellos en extremo productiva, de fingir negocios muy lucrativos, ofreciendo el oro y el moro en cambio de ciertos anticipos, inventar patrañas y embustes lisongeros para doncellucas y viejas apasionadas de otros, cuyas gratas mentiras pagaban á buen precio; granjearse la confianza de principales damas, siendo los confidentes y defensores de sus enredos y tramoyas, que ellos de mil modos explotaban; contar grandezas pasadas y mayores esperanzas futuras, que les abrían las escarcelas de los avaros; tramar importantes hurtos, contra sastres, mercaderes y joyeros; trazar ingeniosas invenciones sobre historias verdaderas y por ellos averiguada, en virtud de las cuales sustitúan, como presentes, á personas que se hallaban en países muy distantes ó que allí habían muerto, á fin de recoger herencias y pegar petardos de toda especie, aderezar famosas espadas de célebres personajes moros y cristianos, que vendían por gran favor y en cantidad exorbitante á los anticuarios de la época, ó á necios y recién heredados barbilindos, que sin conocer la plepa y engañifa, las pagaban gozosos, como si ellas solas matasen á los enemigos; y finalmente, ponían en ejecución cuantos ardis pudiesen soñar el deseo y la codicia de apoderarse de lo ajeno, despojeando sin contemplación alguna á cuantos cojian por su banda, de cualquiera clase, condición y estado que fuesen, nobles y plebeyos, ricos y pobres, eclesiásticos y seglares.

El rasgo más característico del caballero de industria consistía en que todas sus estafas, engaños, astucias, marralle-